

José Moreno Villa

Florilegio

Selección y Prólogo
de
P. Henríquez Ureña



García Monge y Cía., Editores
San José de Costa Rica, R. C.
1920

De una carta del señor Moreno Villa al Director del CONVIVIO, fechada en Madrid, a 10 de Enero de 1920:

Muy señor mío:

Tenemos aquí ahora a Pedro Henríquez Ureña, por indicación del cual le remito a Ud. mis cuatro libros para que pueda llevar a cabo la selección de poesías destinadas al CONVIVIO.

.
Inútil decirle que me proporciona un verdadero gusto el saber que mis obras poéticas despiertan interés en esas tierras y que Ud. va a ofrecer un ramillete a los lectores de su admirable colección.

Está en mi ánimo, desde hace tiempo, reunir para Ud.—para EL CONVIVIO—algunas páginas no publicadas en volumen todavía, pero no me ha sido posible. Si las circunstancias mejoran, no dude que las tendrá.

José Moreno Dilla

JOSE MORENO VILLA pertenece a la aristocracia cerrada de la literatura española. No lo digo como metáfora de elogio; hablo en términos de clasificación estricta, técnica. Quien observe el cuadro actual de la literatura española con sentido de la estrategia literaria (arte sobre el cual saben tantas cosas los franceses), se dará cuenta de que existen en Madrid cinco clases literarias. Una, los escritores que están fuera y por encima de todo grupo, ya por su mérito excepcional (tal fué el caso de Pérez Galdós), ya por una combinación de mérito y de fortuna (como en el caso de Blasco Ibáñez). Otra, «todo el mundo», la democracia literaria del periódico y del libro improvisado,—donde no faltan a veces grandes talentos, como el humorista Julio Camba. Otra, el círculo de las reputaciones oficiales, y a menudo artificiales o inexistentes, resto de la época de la Restauración: por ejemplo, muchos académicos. ¿Sabe nadie, entre el público de simples lec-

tores, quién es el señor Sandoval, o qué ha escrito el señor Gutiérrez Gamero? Otra, muy interesante, los excéntricos: tales son, por ahora, los poetas ultraístas. Y otra, en fin, la aristocracia cerrada.

Es larga y compleja la formación de esta aristocracia que, bien se comprende, surge después de 1898. Para unos, existe como cosa de selección consciente y voluntaria; para otros, como ambiente natural, sin que parezcan pensar en ello. Sus miembros se distinguen por la depuración de los gustos, por el amor al decorum, que se extiende a las formas sociales. Se les conoce, en la conversación, por los adjetivos discretos: nada del «genial» y del «sublime» de que abusan los gacetilleros; comúnmente, les basta decir: «está bien», a la francesa, o «es interesante», a la inglesa. Juzgan rápidamente las cosas mediocres, y no vuelven a hablar de ellas. Pero sus exigencias reconocen límites prudentes: cuando el escritor representa valores nuevos, aunque tenga extravagancias personales, como Valle-Inclán, o Pío Baroja, se le incluye en el círculo selecto, sin esfuerzo, y aun sin que ellos lo sepan. Para dar idea de lo que es la clase, bastará mencionar unos cuantos de sus miembros mejor

conocidos: Unamuno es su filósofo místico; José Ortega y Gasset es su filósofo intelectualista; Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado son sus principales poetas; Azorín es su crítico; Enrique Díez Canedo es su humanista moderno... En la pedagogía social, la clase entronca con la Institución Libre de Enseñanza, con la clara y fecunda tradición de Giner. En el mundo de la erudición, es aliado del grupo que encabeza Menéndez Pidal,—hombres de disciplina perfecta y saber acrisolado. No tenía ramificaciones americanas; de América había recibido poco: pero no hay que olvidar que reconoció siempre a Rubén Darío como aliado y maestro, y que escuchaba de lejos, la voz persuasiva de Rodó. Confesemos que a menudo el hispano-americano no sabe orientarse en la España intelectual, porque o la desdeña, o la admira sin discernimiento, y en cuanto llega a Madrid se echa en brazos de los fabricantes de sonetos fáciles, o de novelas eróticas. Ahora el grupo cuenta con miembros americanos como Alfonso Reyes, y aun entre hombres de generaciones anteriores tiene excelentes amistades, como la de D. Francisco A. de Icaza.

Aunque llamo cerrada a esta aristocracia, no quiero decir que le falte deseo de abrir las

puertas, por ejemplo, a los más jóvenes. Entre éstos, descubrió a José Moreno Villa, hacia 1912.

* * *

MORENO VILLA tiene ahora cuatro libros: Garba, 1913; El Pasajero, precedido de un ensayo de Ortega que gana al ser leído de nuevo, 1914; Luchas de «Pena» y «Alegría» y su Transfiguración (alegoría), 1915; Evoluciones, 1918. Todos contienen versos; el último, además, prosa.

El poeta es de Málaga, y reside en Madrid. Su primer libro tiene sabor andaluz; en el segundo, se advierte que está descubriendo a Castilla. Y Castilla domina en los dos libros posteriores. El tránsito de lo andaluz a lo castellano,—de la riqueza a la severidad, de la pintura a la reflexión, de la música al ritmo abstracto,—se observa en él aún más claramente que en otros contemporáneos suyos. La evolución de Jiménez tiene tanto de impulso espiritual puro, que no cabe atribuirla de modo principal al paisaje: ni tampoco ha muerto su Andalucía interior,—aun despojándose de galas, conserva sus tesoros de luz, sus diamantes puros y sus cristales diáfanos.

Antonio Machado, hijo de Sevilla, «se encontró a sí mismo» en los campos de Castilla la vieja. Pero su hermano Manuel, aunque sabe hallar notas de energía en la tierra castellana, como su célebre esbozo del destierro del Cid, alcanza su plenitud en los poemas andaluces.

Y así creo que ocurre también con Moreno Villa. En su etapa castellana hay originalidad, vigor, sentido del «carácter» de las regiones centrales españolas, hasta en los pormenores grotescos; pero creo que, como simple poesía, vale más el conjunto de su etapa andaluza, o, si se quiere, de su fase andaluza, puesto que todavía vuelve, a ratos, al tono de las mejores composiciones de Garba y del poema En la selva fervorosa, del libro El Pasajero. En finas notas de color, en imágenes curiosas o delicadas, en ritmos musicales, en sugerencias a veces misteriosas, está evocado allí el Sur de España.

Galeras de plata por el río azul...

¿No veían ya los seguidilleros populares de Sevilla, en el siglo XVI, llegar «a la Torre del Oro barcos de plata?»

Véspero azul de la tarde violeta...

Colores nuevos; pero ya jugaba con los colores—con otros—Góngora.

Arpas y liras, violines, rabeles,
jah! y la guitarra de mi corazón...

Música meridional entre todas: la guitarra morisca que «sale gritando» en los versos del Arcipreste.

No me atrevo a asegurar que mis preferencias meridionales (mis preferencias van cada vez más y más hacia el Sur) habrán de ser compartidas por todos. En el libro Evoluciones hay mucho que espigar; en el dominio de la forma, revela a menudo seguridad mayor que la precedente; y tal vez dos o tres poesías de Labor breve y paralela (por ejemplo, Otoñal, Tarde Romántica) sean, si aisladamente se las juzga, las mayores realizaciones poéticas de su autor. Y desde luego, a quienes por temperamento se inclinen a Castilla, me atrevo a recomendarles las prosas: en los Caprichos Románicos y en los Caprichos Góticos. Moreno Villa ha logrado, ya dando nuevas versiones de temas viejos, ya tejiendo con la imaginación en torno de simples notas iniciales, efectos de singular interés. En sus Caprichos, la evocación del pasado se hace sin abuso de

arqueología ni afectación de habla. Y es así, porque Moreno Villa conoce realmente la técnica de la arqueología y ha leído los libros de antaño: algún día podrá revelarnos maravillas sobre la miniatura de los manuscritos españoles en la Edad Media, y entre tanto nos da estudios sobre pintura, en que aplica con fina discreción el arte de comparar.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

Madrid, 1920.

EL PASAJERO

DE MORENO VILLA

Un acontecimiento muy importante se prepara. Puede lanzarse el vaticinio de que la poesía castellana va a conocer su Juan Maragall. Va a conocer el poeta de la pura sugestión, el de la nominación extasiada, sin conceptos tras de la nominación y aun sin imágenes.

Pero el extasiado Moreno Villa es algo filósofo. El posee, como Antonio Machado, una guitarra metafísica. ¡Caso estupendo, que el mundo no sospechó jamás! Sabíamos de metafísica en los tercetos detonantes de la Commedia: ¡pero en ese vago y dulce susurro de las asonancias!

La guitarra metafísica de Machado es intelectualista. Sus asonancias riman a veces el paso, ni siquiera apresurado en exceso, de una disertación. Pero el poeta nuevo mejor canta el oscuro fluir. El Pasajero permanece fiel a lo pasajero.

Hay aquí un peligro. Toda música es un peligro. Le réste est litterature... Mañana gritaremos, vueltos a lo clásico: ¡Viva el resto!

XENIUS.

(España. Madrid, enero de 1915.)

FLORILEGIO

PIRUETA

¡Las alas de aquel molino
te están diciendo constancia
y tú no quieres saber
más que de locuras, alma!

—No sé si quiero locuras,
pero no quiero ser aspa
mecánica de un molino
que sin voluntad trabaja.

Quiero ser como ese mirlo
que se chapuza en el agua,
que pía cuando es su gusto,
que a placer abre sus alas,
que se sublima en los cielos,
y que, cuando quiere, baja...
¡Y siento un hondo desprecio
por el chisme de las aspas,
que a su tic-tac condenado
se reduce y amilana!

(Garba)

IRREVERENCIA

Arpas y liras, violines, rabeles,
—¡ah, y la guitarra de mi corazón!—
forman el coro que sabe de mieles,
de mirra, de incienso, de consagración.

En el aljibe los sapos amainan
su bufa, grotesca parodia de lay:
no más expelen saliva, ya envainan
sus corrosivas lengüetas.—¿Qué hay,

véspero azul de la tarde violeta?
¡Dime el encanto que cae en la campiña!
—Hay, torpe sabio, que todo respeta
y se embriaga en la luz de tu niña.—

Me avergonzó la palabra estelar
y atenacé su bracito al andar,

como buscando la íntima unión
que hubo perdido nuestro corazón.

(Garba)

GALERAS DE PLATA...

Galeras de plata por el río azul...
¿Dónde vais, afanes de mi juventud?

Abiertas las velas y los estandartes,
reís en las febles entrañas del aire.

Galeras de plata por el río azul,
que sois los ensueños de mi juventud.

¿No habrá un banco donde las proas encallen?
¡Ay, la irresistible agua y del aire!

Galeras de plata por el río azul.
¿Se irá la ufanía de mi juventud?

Los ojos del puente son chicos... Si caben...
—¿Pasaron?

—Palomas pasaron suaves...

Sobre una de ellas, por el río azul,
Emperatriz blanca, te alejabas tú!

(Garba)

COPLILLA

Un amor, romero
por los campos va...
Quien le abra sus puertas
como Dios será;

quien nunca en su casa
cabida le dió
iyo no sé, Dios mío,
para qué nació!

(Garba)

LA HOMBRADA

Esta calleja curva y fresca,
estrecha y larga, contra sol,
ebria de aromas doncelliles
y locuras de ruiseñor...

Esta calleja de los barrios,
tan sonora y oriental,
llena de tiestos florecidos
y níveas faldas de percal...

no es la calleja de otras veces.
Un mozo tórrido, juncal,
ha preludiado una amenaza
que firmará con su puñal...

Y está el azul del cielo gris,
y los geranios sin color,
y como cirios las mejillas,
y mudo el loco ruiseñor.

(Garba)

EN LA SELVA FERVOROSA

III

Amanece. Los ruidos de la selva se encrespan.
Es el himno de un tallo, es la pálida endecha

de la rama que muere. Pasa el río—la vida—
y el leñador—el hacha. La paloma divina

de la salutación y el insecto dañino;
alegría y dolor—atletas enemigos

y hermanos a la vez—.

Abel va con Caín, Jesús va con Luzbel;

y todos se acometen en esta selva mía.
Esta selva es un gárrulo vocear de codicias.

Las espadas rechiflan, los tambores estallan,
suena el clarín del día, y el alba deseada

viene al fin en mi busca.

¡Oh, ven tú protectora!

Sálvame en este rudo momento que tramonta.

Cuando tú, luego, vayas en declive, mi brazo
cercará con ternura tu talle; y en tus largos

ojos de muda esfinge pondré el beso más cálido
que fabricó en los tiempos un paje enamorado.

Oh, ven novia, ven madre, ven hermana; con todas
las dulces letanías que en los cielos entonan

te llamaré. Pon luz en esta selva arisca,
pon un poco de bálsamo de luz en esta sima.

VI

¡Solo! ¡La soledad! Luego lo supe:
el mundo lleno de varones solos.
¡Los solitarios que caminan juntos,
solos también los apiñados troncos

de la selva! ¡Qué sola compañía!
En el concierto de los cien millones
de vástagos frondosos, ¿hay un asta
que desinteresadamente obre?

En la legión estaba sola el alma.
No hay que esperar socorro del hermano;

suspenso estoy en el vacío, y tengo
para asirme que asirme a los espacios.

Esa leona de la fuerte garra,
o ese bisonte de acerado cuerno,
una apacible tarde del estío
desgarrarán tu adolescente cuerpo.

Nadie saldrá por tu defensa en liza;
nadie la compasión ejecutando
pondrá sobre tu herida dolorosa
la caridad bendita de su mano.

¡Solo! Ya sabes, un gentío y solo.
Solo para el dolor o la alegría.
Si algún hermano te echa el brazo, teme;
teme: su gesto es sólo de codicia.

Hay que hacer la corteza para entonces
resbaladiza concha de galápago.
Robustecer debemos el vestido
porque la muerte es hija de lo blando.

Solo en la selva del dolor estoy
esperando la hora del anillo,
el anillo nupcial que me despose
con el amor que es de la lucha el hijo.

Solo en la selva del dolor estoy.
Ya tengo brazos en el firmamento.
¡Ya mi raíz parece que ha llegado
a la región del sacrosanto fuego!

X

Rocío, llanto virgen de no sé qué pupilas,
restañador nocturno de mis acres heridas;

las mariposas llevan un polvillo de oro,
tú guardas igualmente un elixir glorioso

que me hace amar la vida.

Llanto, ¿dónde estarán los ojos que te envían?

Rocío, tú no eres el de ayer, eres otro.

El rocío no cura los hachazos tan hondos.

¿Qué has puesto en mis heridas?

Has puesto, sí, el cariño de tus dueñas pupilas.

Ese es todo el misterio, ¡oh, llanto milagroso!

y por mi corazón fluye un río sonoro

y mi alma se irisa

y el anhelo llamea de nuevo en las heridas.

Pero este anhelo tiene un sabor más humano,
con picor de claveles y dulzuras de nardo.

¡Oh endecha de la carne, oh clamores en coro!
¡Oh cuerna melancólica de la selva! Los potros

siempre sumisos rompen las tiránicas bridas.
Decidme: ¿de qué rama pende la fruta viva?

XX

Remota sombra que acudes
como a buscar compasión.
Recuerdo, fantasma, ¿qué haces
sentado en mi corazón?

¿No te puse ayer tan lejos,
en país remoto, dí?
¿Cómo vuelves y por dónde
has penetrado hasta aquí?—

Le arrojo de nuevo, y salgo
por veredas solitarias.
¡Oh, qué refrigerio! Entonan
las cosas dulces plegarias.
Plegarias independientes:
cada cosa con su afán.

¡Oh, qué lamento más hondo
los dioses escucharán!

De pronto bate un deseo
en la conciencia encalmada,
y ofrece medroso el lago
su perfil de marejada.

Y es que en el rayo solar
vino un recuerdo embozado,
y otro recuerdo en el agua
y en la esmeralda del prado.

(El Pasajero)

V

Se ha vestido la *Pena*
de domingo campestre.
Con sus tropos y ritmos,
parece que está alegre...
¡Déjala—pobrecilla—,
mirarse en la corriente
del arroyo! El arroyo
fía de lo aparente,
y querrá que en sus danzas
primitivas alterne;
y la *Pena*—señora
de una estirpe celeste—
señalará una danza
rítmica, ante la plebe.

(*Luchas de Pena y Alegría y su transfiguración*)

VI

Alegría no está en la estrella
ni en la mar de la noche, blanda.
Alegría vive en la selva
más confusa y enmarañada,
y allí brinca, retoza y huye
como cabra montés del alma.

No, no estás en la estrella absorta,
ni en la mar de la noche blanda...
¡Alegría, cabra montés
que aparece en la cumbre y salta!..

(Luchas de Pena y Alegría y su transfiguración)

ERA MISTICA

Sobre un cielo gótico, azul y blanco,
su alma—una antorcha—prendía.
Cuando se apagó la antorcha
ya estaba toda, toda arriba.

(Evoluciones)

ERA...

Era el júbilo del alba:
voz sencilla, frente clara;
nunca perdió la sonrisa,
nunca ganó la esperanza.

(Evoluciones)

OTOÑAL

Otoño, has penetrado con sigilo en mis venas.
¿Qué son, si nó, estos soplos de crudeza y
[templanza
que matan los verdores, que doran la esperanza?
Y estos oros ¿no son la ironía de las penas?

Otoño, ¿has escalado las erectas almenas
de mi torre? ¡Oh vencida torre, donde mi lanza
juvenil es juguete del aquilón que avanza!
¡Cómo sonrías, pobre torre de mis cadenas,
torre de mis escapes, de mis vuelos románticos
de mis horas sin luz!..

Es Otoño el que ha puesto la sonrisa en tu
[boca
y ha de poner especia nueva en tus nuevos
[cánticos,
y en el asta eminente, en vez de seda loca,
una piadosa cruz.

(Evoluciones)

RITMO ROTO

He perdido el ritmo
y sólo veo fealdad:
deshechas las arquitecturas;
los colores sin separar;
las palabras, vasos
rotos, que cortan la verdad.

He perdido el ritmo
y sólo veo mi maldad.
No entiendo mis palabras viejas
ni tampoco lo que es suspirar.
El bien se quebró en mi alma
y no lo pegaré jamás.

¿Son los años?, ¡dime!
Yo sólo supe meditar;
y acaso, acaso se deforme
el mundo con el pensar.
¡Dime! ¡Dime! ¿dónde hallo el ritmo
de dulce y hondo compás?

¿En el mundo de las personas?
¿En la selva montaraz?
¿En el río, en el cielo? ¿En dónde?

Dios me pudiera mandar
un afinador, de su cielo,
para este armonio que anda mal:
que decae, disuena y chilla,
y es, la avellana de mi mal.

(Evoluciones)

PENSANDO EN DON FRANCISCO¹
DIAS DESPUES

Abuelo ¿y aquel deseo
de catar todas las fuentes,
de morder todos los frutos,
de besar todas las frentes?

(Evoluciones)

¹ El egregio español don Francisco Giner de los Rios, fallecido a fines de febrero de 1915. (*N. del D.*)

LA VENGANZA

ANTE los mismos ojos de la infanta doña Sancha han dado muerte los Velas al infante don García, su prometido. Y esto después de la primera y última entrevista de amor; cuando aún jadeaban los pechos al acoso de las palabras íntimas. Nunca se habían visto, pero bastaron unas horas para encender aquellas almas púberes.

Ante la ventana de doña Sancha abofetearon y acuchillaron al infante don García, su novio.

La escena es un cuchillo venenoso en el corazón de la infanta.

Pasan días y meses. Llega la hora de serle propuesto un nuevo esposo. Celebra Sancha su casamiento con don Fernando de Castilla y, al punto mismo de concluir la ceremonia, exige de su padre la persecución del criminal.

«Si no me vengas—le dice—nunca mi cuerpo llegará al de don Fernando, tu hijo.»

Entonces el rey don Sancho cercó y escudriñó los montes, apresó a Fernando Laynez, lo condujo ante la infanta y entregándoselo, dijo: «Haz tú la justicia que tengas por bien.»

Y entonces, ella, hizo lo que sigue:

Tomó un cuchillo en sus manos ella misma y tajóle las manos conque hirió al infante, después tajóle los pies conque anduvo en aquel hecho, después sacóle la lengua conque concertó la traición y los ojos conque lo viera todo. Concluído lo cual mandó traer una acémila y ponerlo en ella y pasearlo por las villas y mercados de Castilla y de León.

Así se sacaba doña Sancha los cuchillos venenosos.

(Evoluciones)

LA OBEDIENCIA

EL pueblo sabe a medias este cuento de amor salvaje. Por eso unas veces dice que el héroe fué moro y monarca, otras que rey cristiano y otras que mero labrador rico.

Pero no está en lo cierto. El héroe es un magnate cristiano y fronterizo; uno de aquellos condes medioevales que tuvieron por vida la guerra en la frontera española, que era la moruna.

Aún existe su fortaleza en una pecinosa villa castellana. Es una construcción sombría, de sillares grises contorneados de negro. El conde edificó junto a su palacio-fortaleza la colegiata, y en ella, en vida se labró su sepultura.

Un macizo berroqueño, rectangular, almenado sobriamente y provisto de dos pequeñas ventanas a cada lado, es la torre. Su aire sombrío y hermético suscita reminiscencias negras en el que va pasajero por la villa.

Más tiempo pasaba el conde fuera de la fortaleza que en ella. Le reclamaba la lucha

constantemente. Hubo años en que apenas la gozó unos días.

Hace poco llegó a descansar, después de una de esas largas ausencias. Es un hombre recio y de magnífica estampa. Tiene la piel dorada y roja de los que viven al aire, y el cabello y las barbas, de un rubio pardo, grave y fosco. La mujer le admira, le ama y le teme. Es la verdadera sierva, pero de una sumisión voluntaria y gustosa. Los hijos, tres hembras y dos varones, sienten por el padre un respeto que raya con el terror. Se le ha hecho por todos los de la casa un recibimiento real. La vida laxa y floja de cada uno se ha cimbreado y erguido ante la presencia del dueño.

Este ha congregado a sus hijos; los ha besado, los ha contemplado detenidamente. Ha visto si los varones van teniendo dureza en las piernas y en los brazos y si las hembras ganan en esbeltez y donaire.

Todo va bien. El cielo le ha concedido una prole gallarda. Está satisfecho de los hijos; pero especialmente de una de las chicas, la menor de las tres.

Luce en ella la sangre goda, de ascendencia germana; así es alta y fina. Pero no encubre

por eso su porción ibera, y así es de ojos grandes y pelo negro. ¿Sabéis qué imagen de la escultura universal la recuerda? Temo que no la conozcáis: una virtud de la catedral de Estrasburgo. El mismo ritmo melodioso y honesto, la misma belleza corporal y el mismo sentimiento recogido y severo en el semblante.

El conde está orgulloso de su hija. Pero al sentimiento de orgullo se mezcla el de admiración. Es la belleza de su hija un milagro que no dejaríamos nunca de contemplar. Y así, los días de aquel descanso los pasa absorto, viendo como su hija danza, corre, juega, ríe o habla. Todo en ella es fascinación, hasta los momentos de gravedad o de tristeza que algunas veces le acuden.

Pero pasó aquel sabroso alto concedido al cuerpo fatigado. Partió el conde a la guerra, y la casa volvió poco a poco a su tensión baja y normal.

El conde no salió aquella vez de su fortaleza con el entusiasmo guerrero de otras veces. Y esta grave falta en un caudillo tuvo sus consecuencias.

Perdió, fué batido en el primer encuentro. Una segunda derrota vino a pesar sobre sus

huestes. Un tercer descalabro les deshizo la mitad de ellas. Y el descalabrado volvió a su fortaleza más pronto de lo que solía.

Vuelto a su hogar, una pasión negra y poderosa cae sobre él. Tenían las pasiones en esta época formas bestiales. Es posible, pues, que el conde estuviese bajo la seducción mágica de una sirena; el hecho es que comenzó a sentir una indomable, impetuosa atracción por su hija.

Y no bastaron frenos de la razón. Un día, sentado a la mesa con su mujer y su prole, después de mirarla y remirla de un modo voraz, le dijo:

«Delgadina, tú has de ser mi enamorada.»

Un frío de terror vino sobre aquellos corazones, ya medrosos de por sí; pero nadie protestó. Ante la palabra del amo enmudecieron todos. Unicamente Delgadina, con sencilla voz y ánimo seguro, dijo:

«Dios no lo permitirá nunca.»

En la hermética y sombría torre gris está Delgadina. Allí, en una sala cuadrada, pasea unas veces su desgracia, y otras se arroja al suelo y se arranca mechones de la cabellera larga y negra. La gargantilla de oro rueda,

hecha mil pedazos por el pavimento frío.

Allí la mandó encerrar su madre. No puede comer más que cecina, no puede beber más que zumo de retama, no puede dormir más que sobre las duras losas.

Al cabo de tres días, deshecha en llanto, se asoma por una de las ventanitas estrechas y ve, abajo, a sus hermanas, que bordan con hebras de oro, en la tibieza de un sol invernizo y en la calma de la villa labriega.

«Hermanas, si sois las mías...
dadme un vasito de agua,
que tengo el corazón seco
y la vida se me acaba.»

Y no dice más. No reclama su inocencia, no profiere un grito de rebeldía ni sale de su boca una simple acusación. «¡Agua! Un poco de agua, que tengo el corazón seco.»

Y las hermanas la injurian. «Quítate, perra. Si el padre nos viera nos mataba.»

Y la pobre, alejándose del hueco, se arrincona, hecha un ovillo de dolor.

«¿Porqué me llaman perra mis hermanas? ¿Qué hay, madre mía, qué hay en mí hoy que no hubiera ayer? La desobediencia; ¿es esto posible? ¿Obedecerían ellas a tal man-

dato? No; nunca. Son buenas. Pero, entonces, ¿porqué no están de mi lado? ¿Cómo no ven que mi padre delira, que yo no puedo quererle así, con deseo, con anhelo? ¿Cómo no tienen horror a esta suerte funesta que pesa sobre mí? Una palabra de inteligencia refrescaría mi corazón.»

Y la pobre,

Con lágrimas de sus ojos—toda la sala regaba;
con las trenzas de su pelo—toda la sala esteraba.

Y pasa otro día. En nadie halla eco el dolor de la prisionera. Han vuelto a ponerle delante un trozo de carne salada y un pocillo con jugo amargo.

Delgadina se pone en pie, se adelanta y ve por el hueco de la torre a su padre. Un escalofrío de horror la sacude. Siente repugnancia. No quiere solicitar nada de él; pero está como flor tronchada, sin nervio.

«—¡Padre! ¡Mandadme un poco de agua, que ya no puedo, que ya no vivo, que siento que la vida se me va!»

«—¡Ya te lo dije! ¡Mira! Agua tengo en las fuentes, y en el río, y en este jarro de plata. ¡Di que sí! ¡Di una sola cosa, y correrán como gamos mis criados en tu socorro!»

Delgadina se yergue, queda un momento con la cabeza altiva y, al cabo, la deja caer sobre el pecho. Luego se retira de la ventana.

«—¡Suban, suban mis criados! Llevadle agua, llevadle de todo lo que pida.»

Los criados han abierto los cerrojos y entrado en la cárcel. Un profundo estupor les embarga el ánimo. No aciertan a ver lo que están viendo. Las frías paredes están ahora vestidas de raso; en el centro de la sala hay un lecho con dosel. Inclínada sobre él y sosteniendo la cabeza de Delgadina, hay una noble señora que ninguno ha visto jamás, pero en la que todos reconocen a la Virgen, a la Gloriosa, como la llama el de Berceo. Un corro de ángeles, tocando laúdes y guitarras, hay en torno. Una fuente de agua clara brota a los pies del lecho. La Magdalena, a un lado, cose, con dedal de oro y con aguja de plata, en un vestido blanco, el último de Delgadina.

Los criados no dejan de mirarse. No habla nadie. Sólo se oyen unas campanitas claras tintinear a gloria en el cielo azul.

De pronto, alguien sube. «¡El conde ha muerto!», dice. Los criados bajan presurosos. Al cabo de un rato se oyen, lejos, campanas negras.

(Evoluciones)

MONOLOGO DE UN HOMBRE ANTIGUO

15 Abril 1263.

SANTA MARIA, tú eres bella. Me gustas y yo soy rico. Te voy a levantar un palacio que tenga lo que tú tienes: transparencia de alma y ligereza de cuerpo.

Cuando te paras en el extremo de una calle—siempre con tu nene al cuadril, tu sonrisa parada y tus vestidos enjutos, de largos pliegues—y tornas a remirar lo andado, hay un estremecimiento de frío y de placer en todos los viandantes. Se detienen los pasos y enmudecen las bocas.

Indudablemente, Santa María, tú eres la más perfecta unión de la alegría y del respeto que ví en el transcurso de mis años. Todos los que te vemos adoramos la gracia de tu sonrisa, mas nadie es capaz de alabarla.

Yo tampoco. La palabra, sugerida por un entusiasmo férvido, puede pasar la raya decorosa. Haría falta un tacto que yo no tengo. Así, prefiero levantar una casa y callar el piropo. Una casa transparente y ligera, en consonancia con tu cuerpo y con tu espíritu.

Ya tengo hechos los preparativos. El plano está en mi mesa y el arquitecto viene atravesando los Pirineos en un caballo rojo y veloz como mi voluntad. Los oficiales y peones vendrán de la Borgoña; voy a dejar deshabitada esta hermosa región, pero tú eres lo primero, Santa María.

Ya van trescientos pedreros a la cantera de levante a picar la blanca piedra caliza que luego el tiempo ennoblecerá con su oro.

Los canteros y aparejadores, los sotas y artífices de toda laya que van llegando promueven entre los convecinos míos exclamaciones sobre mi locura. Dicen que yo atento a la integridad de la población y que los extranjeros—de seguro gente aviesa—perturbarán los coloquios y relaciones familiares. Yo no comparto ese miedo castizo y plebeyo, pero aunque lo compartiera te juro que lo vencería, porque tú eres antes que nadie.

Llamo a gentes de otro país, desatendiendo a mis compatriotas, no porque yo les niegue pericia ni entusiasmo, sino porque mis ojos han recogido a través de largos espacios de tiempo y de países la emoción de una belleza que me gustaría ver trasplantada y trasplantada para ti.

En cántico de dolor, o en himno sacro, quiero que se transfiguren los duros sillares de la cantera. ¿A qué otro esfuerzo más noble podemos dedicar nuestras horas que a este de convertir lo duro, grave y muerto, en blando, leve y dinámico? A uno solo: al de allegar para ti lo bueno y bello que por el mundo hay.

Ya sé, Santa María, que por la corteza de la tierra se deslizan lágrimas y que su santo fuego escala los montes. Lo sé, Santa María, lo sé. ¡Tengo ya blancos islotes de plata en las sienes! Y conozco la fibra compasiva de tu alma. ¿Quién duda de que el dolor será el más activo de los obreros que en ella trabajan? ¿Quién, además, ha visto que se levanten las piedras sin que crujan los huesos? ¿Quién, por fin, sabe de algo hermoso y pleno que no esté amasado en llanto?

Pero también los pobres locos, los truhanes, los bufones, los hijos de Saturno; los que llevan en la sangre oscuros hervores demoniacos; los que llevan la cabeza abrigada con caperuzas rojas sembradas de cascabeles y tienen tan corcovada el alma como el tronco del cuerpo; esos que hacen la *fiesta del asno*, adoradores del pollino y de toda gran locura;

esos que se visten de pontifical y offician en la iglesia una vez al año, su día, el día de los locos, han de tallarme también una piedra para la casa.

El amor y el dolor, la locura y el éxtasis, todos a una, resueltos y exaltados, cantaremos el himno del dolor en un lenguaje de piedra imperecedero.

Los templados y ecuánimes dicen que estas obras son bárbaras, confusas y dislocadas. Pero yo digo, Santa María, que a tu belleza y a nuestra emoción le van estas obras como ningunas. Ellos dicen eso porque no ven la regla que las regula. Ellos no saben que un ciprés guarda en germen la estructura de una torre y que la selva misma es un tratado de posibles fábricas. ¡Déjalos morir de asco! ¡Murriéndose y todo ellos han de imitarlas!

(Evoluciones)

AL HABLA CON EL ARQUITECTO

YA están en el pueblo los artífices. Ya el arquitecto ha visitado a la señoría.

—¡Mira!—le ha dicho ésta.—Aquí tienes los planos. Yo quiero que me hagas un edificio ligero y diáfano. ¿Qué materiales vas ha emplear?

—Piedra, señor. La piedra caliza que se da por aquí.

—¡Piedra, no! La piedra pesa mucho. Has de buscar algo más ligero que la piedra. Emplea sólo pensamientos. Yo quiero que la iglesia sea un puro pensamiento que suba con audacia y claridad hasta la hondura azul del cielo.

—¡Señor..., yo no sé levantar obras si no es con piedras!

—Pues que no se vean las piedras. Que se vea sólo el pensamiento.

—¡No os entiendo, señor! Yo me sujetaré al plano.

—Sí; tú te sujetarás al plano. Tú no eres más que un plano. Pero tú has de oír antes, de mis labios, lo que es el pensamiento. Quiero

ver si cae algo de éste sobre ese plano, aunque mejor sería que ese plano se adheriese a este pensamiento.

—Señor, no os comprendo. ¡Perdón!

—¡No seas pollino! No me impacientes. ¡Calla!

—¿Tú sabes lo que es una columna?

—¡Señor! Repare que soy arquitecto.

—¿Tú sabes lo que es una columna? Bueno; pues la columna que yo quiero no es ni como la griega, ni como la romana, ni como la germana. ¿Sabes? Yo quiero una columna fina y alta como el tronco de un abeto. Pero de tronco pelado. Únicamente arriba, en el cogollo, tendrá ramas y éstas serán y se abrirán como las de la palmera. ¿Tú sabes lo que es un ábside, lo que es muro?

—¡Señor! Estáis ultrajándome.

—Yo no ultrajo a nadie. Te hablo así porque no entiendes lo que son pensamientos. El ábside de mi templo ha de ser de cristal. Tú sabes lo que es un farol. Tú sabes lo que es el esqueleto metálico de un farol. Tú sabes lo poco que representa ese esqueleto junto a la superficie cristalina. Pues así ha de ser el ábside de mi templo y las paredes de mi templo. Ahora comprenderás por qué hay tan-

tos sostenes de muros apuntados en el plano. Yo quiero que mi templo sea como un ciprés y como un farol.

—¡Señor! Así es la iglesia que yo levanté en la Borgoña. A ella corresponden los planos. Todos vuestros pensamientos están en estas líneas de lápiz y estarán luego en las líneas de piedra. No nos ofusquemos. Yo admiro el entusiasmo que posee al señor, pero yo soy arquitecto, yo soy matemático. Esto no quita para que con matemáticas pueda obtener líneas exaltadas. Yo os haré un templo que responda a vuestra exaltación, pero bien medido.

Así se entendieron el castellano y el francés un día de un mes, de un año del siglo XIII.

(Evoluciones)

LA ARAÑA

HE aquí una figura escapada de un manual de Geometría o de un tratado de Lógica.

Esta delicada operaria se identifica de tal modo con su obra, que no sabe uno dónde acaba ella y comienza el artificio. El globulillo central de su organismo es el foco de toda la red sutil que va elaborando.

Pertenece al grupo de los dotados de vida interior. Busca un ángulo, un sitio apartado, y allí, con la mirada en el ombligo, va tejiendo sutilezas, donde las moscas serán atrapadas.

Su andar es pulcro y coquetón. Lleva el cuerpo sostenido con sopandas como las antiguas carrozas o las damas de miriñaque.

(Evoluciones)

EL FAISAN

NADA más peripuesto y lindo que este cortesano; casquete de oro, pechera roja, casaca azul y larga cola, fina como un espadín damasquinado. Todo brillante y pulido.

Pertenece al cuerpo diplomático; sabe la lengua inglesa, sibilante, insinuante, y la pronuncia en tono bajo. Presume con las damas y juega al *bridge*.

(Evoluciones)

EL OSO

EL oso es el oso porque adopta en ocasiones la postura del bípedo, que no le cuadra, y porque se pone a tocar la pandereta o a bailar al son de ella. No se da cuenta de nada: ni del largo de sus ancas, ni del ancho de su torso, ni de su divina gracia. Si se le ocurre dibujará en el aire, gentilmente, una verónica belmontina.

Es tan oso, tan oso—al fin, oriundo de países fríos—, mientras más al Norte menos se conoce el ridículo—, que no le preocupa ni su figura ni el qué dirán. Hace lo que hace por el hecho mismo.

(Evoluciones)

INDICE

Páginas

JOSE MORENO VILLA	7
-----------------------------	---

De GARBA (1913)

Piruetta	17
Irreverencia	18
Galeras de plata	19
Coplilla	20
La hombrada	21

De EL PASAJERO (1914)

En la Selva Fervorosa	
III. Amanece. Los ruidos de la selva se encrespan	22
VI. ¡Solo! ¡La soledad! Luego lo supe	23
X. Rocío, llanto virgen de no sé que pupilas	25
XX. Remota sombra que acudes	26

De LUCHAS DE PENA Y ALEGRÍA (1915)

V. Se ha vestido la <i>Pena</i>	28
VI. <i>Alegría</i> no está en la estrella	29

De EVOLUCIONES (1918)

<i>Epitafios</i>	
Era mística	30
Era	31
<i>Labor breve y paralela</i>	
Otoñal	32
Ritmo roto	33
Pensando en don Francisco días después	35
<i>Caprichos románicos</i>	
La venganza	36
La obediencia	38
<i>Caprichos góticos</i>	
Monólogo de un hombre antiguo	45
Al habla con el arquitecto	49
<i>Bestiario</i>	
La araña	52
El faisán	53
El oso	54